

mendables lecturas de Weber, Brunner y Finley, tan sólo añadiré otros cuatro autores.

Todo ese gusto bárbaro por el despilfarro, la ostentación y el regalo, que Muñoz Molina describe con dotes de observador y de hombre culto, admitiría una relectura llena de matices con las obras de Thorstein Veblen y de Marcel Mauss en la mano<sup>14</sup>. El brillante estudio vebleniano de la sociedad de consumo capitalista sobre el trasfondo de barbarie que no la abandona nos podría ayudar aquí a historificar, no a absolutizar, la idea de «civilización» musulmana, a matizar y explicar mejor su escenografía ceremonial de lujo, derroche y ocio ostensibles, su mecenazgo sobre las artes y las letras, el consiguiente ocio vicario generado por el palacio, su refinamiento en el vestuario y la explosión ritualizada de los saberes; en definitiva, a detectar las supervivencias atávicas y finalmente, las reversiones que pudieron haber sido en buena medida responsables de las debilidades estructurales y de la caída del califato. No estaría de más, por otra parte, reconsiderar la práctica omnipresente del don a la luz del ensayo maussiano, desde las generosidades del califa para con sus súbditos y allegados hasta la pautada percepción y devolución de regalos entretenidas con el mundo exterior, con sus pares orientales y sus inferiores hispanos. El refinamiento en las maneras de la mesa, en el aseo y el vestido que la Córdoba omeya parece desplegar en tiempos de Ziriyab obligaría probablemente a corregir la visión excesivamente eurocéntrica que Norbert Elias da sobre el proceso civilizador en el Occidente medieval, a enfatizar los trasvases y los préstamos del sur islámico al norte cristiano, especialmente en los territorios mediterráneos meridionales que vivieron en una ósmosis cultural permanente: la historia de aquella dogaresa de origen bizantino que en el siglo XI escandalizó al clero veneciano por el sibaritismo de emplear el tenedor en las comidas debió de repetirse con diversas variantes en el contexto de las relaciones del califato cordobés con los atrasados reinos peninsulares<sup>15</sup>. El ascenso al poder de al-Mansur, en particular la calculada eliminación de los otros dos integrantes de la troika gobernante (al-Mushafí y Galib), haría las delicias del Georg Simmel estudioso de la cantidad en los grupos sociales: es la individualidad fuerte ejerciendo su predominio dinámico en el seno de una asociación superior a dos —Napoleón en el consulado trinitario, César en el primer triunvirato—, es la vieja técnica del *divide et impera* en la modalidad de intervención activa del dominador potencial consistente en «proteger al más fuerte de los dos elementos que están interesados contra él, hasta aniquilar al más débil, cambiando luego de frente para atacar al que ha quedado aislado, y someterle» —lo que el senado romano haría de manera magistral frente a los estados del mundo helenístico, en particular con Filipo V y Antíoco III<sup>16</sup>.

Una historia narrativa que con buena literatura describa la rica galería de tipos humanos y los paisajes del alma musulmana en los tiempos de esplendor: he ahí una exigencia de fidelidad al modelo. Pero es difícil evitar el borratajo fallido sobre el lienzo, conjugar sensibilidad y entendimiento, salir de la vieja escisión entre corrientes intuitivistas y románticas (con propensiones literarias), por un lado, y la vía analítica (de vocación positivista y científica), por otro; superar a la postre la dualidad

<sup>14</sup> Respectivamente: *Teoría de la clase ociosa* (1899), FCE, tr. ing. V. Herrero, México 1974, y *Essai sur le don* (1923/24), compilado en *id.*, Sociología y antropología, Tecnos, tr. fr. T. Rubio, Madrid 1979, pág. 153.

<sup>15</sup> Vid. N. Elias, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, FCE, tr. al. R. García Cotarelo, México 1989, pág. 99s, 311s.

<sup>16</sup> G. Simmel, *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización* (1908) vols. 1-2, Alianza Ed., Madrid 1986, pág. 107-108, 137-138.

de *Ahnung* y *Vernunft* tan hondamente sentida por la generación de Schiller<sup>17</sup>. Más de una vez, en efecto, al leer *Córdoba de los Omeyas* me ha asaltado la idea creuziana de símbolo como intuición directa y subitánea de la realidad esencial, privilegio supremo del poeta. Pero al mismo tiempo que ella, como un antídoto, me venían a la memoria las palabras admonitorias del siempre lúcido, nominalista y descarnadamente británico Guillermo de Baskerville: «La distancia, querido Adso, entre la visión extática y el frenesí pecador es demasiado corta».

## IV

Muñoz Molina ha escrito en un intervalo muy corto de tiempo, por lo que yo deduzco de las fechas de publicación, dos libros muy distintos. La prosa introspectiva y gris de *Beltenebros*, tanto como la luz urbana cuando se destiñe en las tonalidades apagadas y frías de los callejones céntricos o se encapsula en las geometrías impersonales de las estaciones, me ha parecido parca en preciosismos literarios, contenida, naturalista a veces hasta la complacencia, tan inmisericorde en sus caracterizaciones como los códigos cifrados y las actuaciones sin albedrío de los propios personajes. Está muy claro que el escritor ha sabido meterse en la entraña más siniestra e inconfesable de la vida madrileña de un determinado período, en la atmósfera agobiante de la clandestinidad política, en ese juego febril y sin esperanza que han sido para quienes no se daban por vencidos la postguerra europea y la española, los años cuarenta y cincuenta. Quienes hemos nacido en esa última década conservamos de nuestra infancia todavía el recuerdo desvaído de ciertos sucesos sangrientos y prohibidos, referidos por los mayores con lenguaje circunspecto y nesciente, y que sólo ahora el cine, la literatura y los libros de historia contemporánea nos han devuelto con toda su infamante sordidez. La fábrica de gaseosas abandonada junto a la escuela en que aprendimos las primeras letras pudo ser uno de los posibles escenarios de la ejecución de Andrade, y aquella sala de fiestas de media polaina a la que acudían los eternos peones y fontaneros del sistema, taxistas, viajeros, muchachas de servir y dependientas escapadas de su pueblo, oficinistas colgados, subcomisarios, y más de un señor descarriado, bien pudo servir de habitáculo y trastienda para las vidas sentenciadas de Rebeca Osorio y de su hija duplicada.

Lo que a uno le admira de esta pluma es su versatilidad, su capacidad proteica de extrañamiento y adentramiento sucesivos, su soltura para volverse a otra época completamente distinta, a otro paisaje humano, a otra temperatura de la vida, a otros decorados y colores y referentes axiológicos, y recrearlos con tan singular maestría. Repárese en que esa ductilidad comporta un cambio de paleta y una abrupta modificación del estilo, y a ello sigue además un funcionamiento bastante diferente de la imaginación frente a los materiales disponibles para la narración. Esa cualidad de escrutador y asimilador es algo que aproxima a Muñoz Molina a los mejores creado-

<sup>17</sup> Vid. F. Duque, op. cit., supra n. 7, pág. 9s.

<sup>18</sup> Uno no es crítico de literatura ni de arte, ni después de todo tan buen conocedor de la cultura española como para pronunciarse autorizadamente sobre estas cosas; tan sólo participa sus impresiones al hilo de una lectura. Los capítulos finales de *Beltenebros*, con el descenso metafórico a los infiernos, con el reencuentro del *Universal Cinema* y los testigos deformes del pasado, con sus luces y negruras, con su expresionismo casi goyesco, me han hecho recordar unas recientes palabras de Antonio Saura a propósito del «misterio» español, «cuyos signos más evidentes serían la importancia dada al manifiesto existencial en menosprecio de lo ambiental-accesorio, la tendencia a la fenomenología plástica y al uso de una gran economía de medios, una cierta rudeza expresiva que favoreciendo la expresividad no excluye la elegancia».

<sup>19</sup> El Tiempo, gran escultor, Alfaguara, tr. fr. E. Calatayud, Madrid 1989, pág. 50s. Y ello constituye la base sociológica y antropológica de la mimesis.

<sup>20</sup> Rev. Claves 11 (1991), pág. 45-48.

res: dominar los lenguajes y las técnicas, empaparse velozmente de las distintas tradiciones poéticas e intelectuales, ensayar nuevos caminos, innovar y retornar. Así trabajó Picasso en este siglo, así lo había hecho ya Francisco de Goya<sup>18</sup>.

La recreación de un mundo como el de la Córdoba omeya implica un estilo y un vocabulario, además de una sensibilidad histórica, bien distintos de los que demanda una obra como *Beltenebros*. ¡Ya nos gustaría a muchos de nosotros suscribir las palabras del autor cuando equipara la historiografía a la novelística! Es una paradoja: aun siendo más barroca y colorista, más proclive a la metáfora e incluso a las valoraciones por parte del autor, la narrativa en *Córdoba de los Omeyas* ha dispuesto de un margen más estrecho para la fantasía que en *Beltenebros*: los materiales arqueológicos y la tradición escrita fijan unos límites precisos que no tiene el novelista cuando bucea en el océano desatado e inconmesurable de su yo y de su memoria. Porque ese yo, como hubiese precisado Marguerite Yourcenar, tiene todas las cicatrices y surcos que el paso de la modernidad le ha dejado, porque es idiográfico sin remedio, individualista, disperso, introspectivo hasta bordear la neurosis; porque a diferencia de la psicología antigua y medieval no tiende a racionalizar lo irracional, a pasar de lo particular y concreto a lo general y esencial; ha roto ya la horma de ese *ethos* simple y austero, algo arcaico y algo fatal, espontáneo y cándido a veces como un joven a los ojos del observador resabiado de nuestra época<sup>19</sup>.

Naturalmente, la versatilidad creadora presupone el oficio, el dominio de la técnica con la que se trabaja, de la línea y la materia pictórica —«para pintar el cubismo tuve antes que aprender a dibujar como Rafael», confesó Picasso en cierta ocasión—; el dominio de la palabra en el escritor, de la documentación en el caso del investigador.

Claro que el oficio no es más que el primer paso en el largo camino de la formación. No resisto aquí la tentación de mencionar un reciente artículo firmado por Carlos García Gual, *El eclipse de la literatura*<sup>20</sup>. En él era denunciada la calamidad de que ya no se enseñan las obras maestras de la literatura universal ni en la enseñanza media ni en la universidad. El lector encontrará en las páginas del filólogo español un buen análisis de la situación por la que atraviesan hoy las humanidades. Las lenguas clásicas han sido prácticamente tachadas de los planes de estudio del bachillerato, la historia parece que sólo existe en el siglo XX, y uno tiene cada vez más la sensación de que los ignaros nos arrojan a las catacumbas para que sólo allí proclamemos nuestro credo. Para empeorar las cosas, la barbarie de la especialización, timbre hoy de profesionalidad pese a cuantas protestas se hagan de voluntad interdisciplinar, se adueña de todos nosotros estimulada por la imperiosa necesidad de hacer currículo y por un horror a perder pie en el vacío del diletantismo, lo que nace de la mitologización de la ciencia.

Los resultados de todo ello a la vista están: alumnos a los que cuesta enormemente seguir en clase el vuelo de un pensamiento abstracto, hacer la exégesis de un texto de filosofía o literatura antigua y medieval, redactar una historia coherente en un examen; escuelas de magisterio en las que se da prioridad a las técnicas y a las for-

mas didácticas sobre los contenidos educativos, sobre el amor a la vida, a la naturaleza, a la gimnasia, a la música, a la lectura como instrumento de crítica y formación de un yo único e irrepetible, al cine como rito y catarsis de la imaginación y no como fábrica de débiles mentales; universitarios que renuncian a la voluntad de estilo en sus publicaciones, porque cuanta más letra impresa mejor. Y así sucesivamente.

## V

El Muñoz Molina amante del arte y la literatura, el viajero inquisitivo, el cinéfilo que se tiene a gala, el joven seguramente sociable que frecuenta bares y calles de su ciudad, el autor que tolera en su cabeza a Gibbon y a Lévi-Strauss, el escritor comprometido con su tiempo, el integrante aventajado de una generación que no ha podido tener verdaderos maestros y que sólo ahora, cuando los ve ya partir, se percató de que únicamente ellos pudieron tenderle un puente con la otra orilla proscrita del pasado. Sin aspirar a su literatura, bien podemos tomarlo como modelo en un buen puñado de cosas. Comparado con las numerosas tracas y cohetes de artificio que atruenan en el cielo de las vanidades, de las mediocridades coruscantes, su ascendiente tiene el brillo genuino de una luminaria.

«Un viaje, una ciudad, un libro: al volver boca arriba los naipes se nos desvela inapelablemente la trama del azar. Si no hubiera tenido que escribir este libro yo no habría viajado a Córdoba, no habría mirado desde la ventana de la habitación de un hotel el campanario de la catedral, más alto cuando lo iluminan los reflectores nocturnos, ni poseería ahora el recuerdo del agua que se escuchaba en la oscuridad junto a la orilla pantanosa del río» —ha escrito el autor como colofón a una introducción de antología—. Bien mirado, este libro no es el producto caprichoso del azar, sino más bien necesidad y acreditación de una pluma envidiable. Ella es la carta adjudicada de antemano que ha impuesto en una trama azarosa el cumplimiento de su necesidad. Mejor aprender que intentar jugar una mano contra ella. Cualquiera de nosotros ha estado en Córdoba, y muchos también nos hemos prendado de la ciudad, de sus patios semiocultos, de su puente romano, de su judería que es como un túnel del tiempo, de su fiesta de La Salud; cualquiera habría podido escribir un libro, con más o menos erudición, con más o menos talento, pero en nuestras palabras difícilmente habríamos reconciliado a dos musas tan dispares como la Historia y la Poesía. Nuestro guía lo ha conseguido y, al hacerlo, nos ha procurado más de una lección, y de un estremecimiento.

**Víctor Alonso Troncoso**



